

sin quitarse el correaje. Por temor de un alerta, contra reglamento, conservó su fusil; después balbuceó algunas frases: «querida mía, angel mío,» y no tardó en dormirse.

Los que hablaban se callaron; y poco á poco se hizo un gran silencio en el puesto. Federico atormentado por las pulgas, miraba á su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía á mitad de altura una larga plancha donde los sacos formaban una serie de pequeñas jorobas, mientras debajo, los fusiles color de plomo estaban alineados unos junto á otros. Oíanse ronquidos producidos por los guardias nacionales, cuyos vientres se dibujaban de una manera confusa en la sombra.

Una botella vacía y algunos platos ocupaban la estufa. Tres sillas de paja rodeaban la mesa en que se veía un juego de cartas. De un tambor en el centro del banco colgaban las correas.

El aire caliente entraba por la puerta y hacía que el quinqué diese humo. Arnoux dormía con los brazos abiertos, y como su fusil estaba colocado con la culata hacia abajo un poco oblicuamente, la boca del cañón le llegaba á la axila.

Federico que lo notó se asustó.

—Pero no; no hay cuidado, ni qué temer. Sin embargo si muriese...

Y seguidamente se desarrollaron infinitos cuadros.

Vióse con ella de noche, en una silla de posta; después á la orilla de un río en una tarde de verano, y al reflejo de una lámpara, en su casa.

Hasta se detenía en cálculos de menaje, en disposiciones domésticas, contemplando, palpando ya su dicha; y para realizarla, bastaría solamente que el gatillo del fusil se levantara. Podía tocarle con la punta del pie; el tiro saldría, sería una casualidad y nada más.

Federico se extendió sobre aquella idea, como un dramaturgo que compone. De repente le pareció que no estaba distante de resolverse su acción, y que iba por su parte á contribuir como era su deseo; sobrecogióle un gran miedo.

En medio de aquella angustia, experimentaba un placer, penetrando más y más en él, sintiendo con horror que desaparecían sus escrúpulos; en el furor de su sueño, se borraba el resto del mundo, y no tenía conciencia de sí mismo sino por una intolerable opresión del pecho.

—¿Tomamos las once?—dijo el purificador que se despertaba.

Arnoux se echó al suelo, y tomadas las copas quiso hacer la centinela de Federico.

Después se lo llevó á almorzar calle de Chartres, casa de Parly; y como necesitaba reponerse, pidió dos platos de carne, una langosta, una tortilla al ron, una ensalada, etc., todo regado con Sauterne de 1819, sin contar el champagne para los postres y los licores.

Federico no le contrarió. Se hallaba cohibido como si el otro hubiera podido descubrir, en su cara, las huellas de su pensamiento.

Con ambos codos sobre el borde de la mesa, y muy inclinado, Arnoux, fatigándole con su mirada, le confiaba sus sueños.

Tenía deseo de tomar en arrendamiento todos los terraplenes de la línea del Norte para sembrar en ellos patatas, ó bien organizar en los bulevares una cabalgata mónstruo, en que figuraban las «celebridades de la época.» Alquilaría todas las ventanas, que á razón de tres pesetas, término medio, produciría un bonito provecho. En resumen soñaba con un gran golpe de fortuna por un acaparamiento. Sin embargo era moral, condenaba los excesos, el desarreglo, hablaba de su «pobre padre,» y todas las noches, decía, hacía su examen de conciencia, antes de ofrecer su alma á Dios.

—Un poco de curazao ¿eh?

—Como usted guste.

En cuanto á la República, las cosas se arreglarían; en fin, que se encontraba el hombre más

feliz de la tierra; y olvidándose, elogió las cualidades de Rosanette, y hasta la comparó á su mujer. Era otra cosa, claro. No pueden imaginarse más bonitas piernas.

—¡A la salud de usted!

Federico bebió. Por complacencia lo había hecho con algún exceso; además le molestaba la luz del sol; y cuando subieron juntos la calle Vivienne se tocaban fraternalmente las hombrecitas de ambos.

Cuando entró en su casa Federico durmió hasta las siete; en seguida se fué casa de la Mariscal. Había salido con alguno; quizás con Arnoux. No sabiendo qué hacer continuó su paseo por el bulevar, pero no pudo pasar de la Puerta San Martín: tanta era la gente.

La miseria abandonaba á sí propios á un considerable número de obreros; y venían todas las noches á pasarse revista sin duda y esperar la señal. A pesar de la ley contra los grupos, aquellos clubs de la desesperación aumentaban de una manera terrible; y muchos burgueses se reunían allí cuotidianamente por bravata, por moda.

De repente, Federico vió á tres pasos de distancia al Sr. Dambreuse con Martínou; volvió la cabeza porque guardaba rencor al señor Dambreuse que se había hecho nombrar representante; pero el capitalista le detuvo.

—Una palabra, querido señor. Debo dar á usted explicaciones.

—No las pido.

—Por favor, escúcheme usted.

El no había tenido culpa ninguna. Le habían rogado, obligado en cierto modo. Martinon, seguidamente, apoyó sus palabras; los de Nogent, le habían enviado una diputación.

—Además, he creído hallarme en libertad, desde el momento...

Una avalancha de gente contra la acera hizo al Sr. Dambreuse separarse. Un minuto después, volvió diciendo á Martinon:

—Este es un verdadero servicio. No tendrá usted que arrepentirse.

Los tres se pegaron á una tienda para hablar más á gusto.

De cuándo en cuándo se gritaba: «¡Viva Napoleón!» «¡Viva Barbés!» «¡Abajo Mariel!» La inmensa muchedumbre hablaba muy alto; y todas aquellas voces, que las casas repercutían, hacían un ruido semejante al de las olas de un puerto.

En determinados momentos se callaban; entonces se oía *la Marsellesa*. Bajo las puertas cocheras, algunos hombres de maneras misteriosas ofrecían bastones con estoque. A veces dos individuos pasaban uno delante del otro, se guiñaban el ojo y se alejaban prontamente.

Grupos de majaderos ocupaban las aceras; una muchedumbre compacta se agitaba en el empedrado. Bandas enteras de gentes de policía salían de las callejuelas y desaparecían apenas se dejaban ver. Banderitas de paño rojo, acá y allá llameaban; los cocheros, de lo alto de su asiento, gesticulaban y se volvían. Aquello era un movimiento, un espectáculo de los más singulares.

—Cómo hubiera divertido todo esto—dijo Martinon—á la señorita Cecilia.

—Mi mujer, ya lo sabe usted, no gusta de que mi sobrina, venga con nosotros—contestó sonriendo el Sr. Dambreuse.

No se le hubiera reconocido. Desde hacía tres meses gritaba: «¡Viva la República!» y hasta había votado el destierro de los Orléans. Pero las concesiones debían concluir; y se manifestaba furioso hasta llevar un rompe-cabezas en el bolsillo.

También Martinon tenía uno. No siendo ya inamovible la magistratura se había retirado de Estrados, y sobrepujaba la violencia al señor Dambreuse.

El banquero aborrecía especialmente á Lamartine (por haber sostenido á Ledru-Rollin), y además á Pedro Leroux, Proudhon, Considérant Lamennais, á todos los cerebros calientes, á todos los socialistas.

—Porque en fin, ¿qué quieren? Se ha suprimido el impuesto sobre la carne y el apremio contra la persona; ahora se estudia el proyecto de un Banco hipotecario; el otro día era un Banco nacional; y á todo esto cinco millones de presupuesto para los obreros. Pero felizmente ello se acaba gracias á de Falloux. Buen viaje, que se marchen.

En efecto, no sabiendo cómo alimentar los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Trabajos Públicos, aquel mismo día había firmado un decreto invitando á todos los ciudadanos de 18 á 20 años á entrar en el servicio como soldados, ó á salir para las provincias para trabajar la tierra.

Aquella alternativa les indignó, persuadidos de que se quería destruir la República. La existencia lejos de la capital les afligía como un destierro; veíanse moribundos por las fiebres, en regiones feroces. Para muchos, además, acostumbrados á trabajos delicados, la agricultura les parecía un envilecimiento; era una añagaza, en fin, una irrisión, la negación formal de todas las promesas. Si resistían se emplearía la fuerza; no dudaban de esto y se disponían á prevenirla.

Hacia las nueve, los grupos formados en la Bastilla y en el Chatelet refluieron al boulevard.

De la puerta Saint-Denis á la puerta Saint-Martin, constituía aquello una enorme ebullición, una sola masa de azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían tenían todos las pupilas ardientes, la tez pálida, fisonomías enflaquecidas por el hambre, exaltados por la injusticia. Sin embargo, las nubes se amontonaban; el cielo tormentoso calentaba la electricidad de la muchedumbre que se arremolinaba sobre sí misma, indecisa, con amplio impulso de oleaje; y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable, y como la energía de un elemento.

Después todos se pusieron á gritar. «¡Faroles! ¡Faroles!» Muchas ventanas no se iluminaban; y arrojaron piedras contra sus cristales.

El Sr. Dambreuse juzgó prudente retirarse. Los dos jóvenes le acompañaron.

Preveía él grandes desastres. El pueblo podía una vez más asaltar la Cámara; y á este propósito, contó cómo habría muerto el 15 de Mayo, sin el sacrificio de un guardia nacional.

—¡Pero se me olvidaba! Era su amigo de usted, el fabricante de porcelanas, Jacobo Arnoux.

Las gentes del motín le ahogaban, aquel bravo ciudadano le había cogido á él en sus brazos y depositado lejos.

Así, desde entonces, se había formado una especie de lazo entre ellos. «Será preciso comer juntos uno de estos días, y puesto que usted le ve con frecuencia, asegúrele que le quiero mucho. Es un hombre excelente, calumniado, según mi opinión, y tiene talento el pícaro. Saludo á usted nuevamente. Buenas noches.

Cuando Federico dejó al Sr. Dambreuse volvió á casa de la Mariscala, y con aire sombrío le dijo que debía optar entre Arnoux y él.

Respondióle con dulzura que no entendía nada de «semejantes gruñidos», no amaba á Arnoux y no tenía que ver con él. Federico estaba sediento de abandonar á París. No rechazó ella aquella fantasía y salieron al día siguiente para Fontainebleau.

El hotel donde se alojaron se distinguía de los demás por un salto de agua instalado en medio de su patio. Las puertas de las habitaciones daban á un corredor, como en los monasterios. La que les facilitaron era grande, bien amueblada, tapizada de indiana, y silenciosa, por falta de viajeros. A lo largo de las casas, paseaban vecinos desocupados; cuando cayó la luz del día, por debajo de sus ventanas jugaron á la barra los chiquillos de la calle; y aquella tranquilidad, sucediéndose al tumulto de París, les causaba sorpresa y tranquilidad.

Por la mañana temprano fueron á visitar el castillo. Como entraron por la verja, vieron su fachada entera, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y su escalera de herradura desplegándose al fondo del patio, que cortan á izquierda y derecha dos cuerpos de edificio más bajos. Los líquenes del piso se mezclan á lo lejos con el tono jaspeado de las baldosas y el conjunto del palacio, enmohecido de color, como vieja armadura, tenía algo de realmente imposable, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin un criado se presentó con un manajo de llaves. Le enseñó primero las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba en que el emperador firmó su abdicación, y en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el sitio en que Cristina hizo asesinar á Monaldeschi. Rosanette escuchó aquella historia atentamente, y después, volviéndose á Federico, preguntó:

—Sería sin duda por celos; ten cuidado.

Enseguida atravesaron la sala del Consejo, la sala de Guardias, el salón del Trono, el de Luis XIII. Las altas ventanas, sin cortinas, derramaban una luz blanca; el polvo cubría ligeramente los puños de las fallebas, las patas de cobre de las consolas; fundas de telas gruesas

tapaban todos los sillones; veíanse encima de las puertas cacerías Luis XV, y en algunos sitios tapicerías que representaban á los dioses del Olimpo, Psychis ó las batallas de Alejandro.

•Cuando Rosanette pasaba por delante de los espejos se detenía un minuto para alisarse el cabello.

Después del patio de la torrecilla y la capilla de San Saturnino, llegaron á la sala de las fiestas.

Quedaron asombrados por el esplendor del techo, dividido en compartimientos octógonos, adornado de oro y plata, más cincelado que una alhaja, y por la abundancia de las pinturas que cubren las paredes desde la gigantesca chimenea donde las armas de Francia están rodeadas por carcax y media luna, hasta la tribuna para los músicos, construída al otro extremo, en toda la amplitud de la sala. Las diez ventanas en arcadas estaban abiertas enteramente; el sol hacía brillar las pinturas, el cielo azul hacía confundirse indefinidamente el azul ultramar de las cimbras; y del fondo de los bosques, cuyas vaporosas cimas llenaban el horizonte, parecía venir un eco de los aullidos lanzados por las trompas de marfil, y de las danzas mitológicas que reunían bajo el follaje á princesas y señores convertidos en ninfas y silvanos; época de ciencia ingénuo, de pasiones violentas y arte suntuoso,

so, cuando el ideal era arrastrar al mundo hacia un sueño de las Hespérides, y las amantes de los reyes se confundían con los astros. La más bella entre las famosas se había hecho pintar, á la derecha, en figura de Diana Cazadora, y hasta de Diana Infernal, sin duda para demostrar su poderío hasta más allá de la tumba. Todos aquellos símbolos confirman su gloria; y algo queda allí de ella, una voz indistinta, un rayo que se prolonga.

Federico sintió una concupiscencia retrospectiva inexplicable. Para distraer su deseo, se puso á considerar tiernamente á Rosanette, preguntándole si no hubiera querido ser aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—Diana de Poitiers. Y añadió: Diana de Poitiers, amante de Enrique II.

Ella dijo sencillamente: «¡Ah!», y eso fué todo.

Su mutismo probaba claramente que nada sabía, no comprendía, y Federico, por complacencia le preguntó:

—¿Te aburres, quizás?

—No; no, al contrario.

Y con la barba levantada, paseando alrededor una mirada de las más vagas, Rosanette dejó caer esta frase:

—Esto llama recuerdos.

Véase, no obstante, en su cara un esfuerzo, una intención de respeto; y como aquel aire serio la ponía más linda, Federico la perdonó.

Más la divirtió el estanque de las Carpas. Durante un cuarto de hora, echó pedazos de pan al agua, para ver salir los peces.

Hallábase sentado Federico junto á ella, bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían visitado aquellas paredes, Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Juan Jacobo Rousseau, las lindas plañideras de los palcos principales, Voltaire, Napoleón, Pío VII, Luis Felipe; y sentíase rodeado, codeado por aquellos muertos tumultuosos. Tal confusión de imágenes le aturdí, aunque en ella encontrara encanto.

Por fin bajaron al parterre, que es un vasto rectángulo, que al primer golpe de vista permite fijarse en sus largas alamedas amarillas, sus cuadros de césped, las cintas de box, sus tejos piramidales, sus bajas verduras y sus estrechas acirates, donde las flores, sembradas á trechos, forman como manchas sobre la tierra gris. Al extremo del jardín empieza un parque, atravesado en toda su extensión por un largo canal.

Las residencias reales tienen en sí una melancolía particular, que depende sin duda de las dimensiones demasiado considerables para el pequeño número de sus habitantes, del silencio

que con sorpresa se nota en medio de tanto sonido, de su lujo inmóvil que prueba con su vejez lo fugaz de las dinastías, la eterna miseria de todo. Y aquella exhalación de los siglos, abrumadora y fúnebre como perfume de momia, se deja sentir hasta en las cabezas cándidas. Rosanette bostezaba desmesuradamente, y volviéronse al hotel.

Después de su almuerzo, les trajeron un carruaje descubierto. Salieron de Fontainebleau por una ancha plaza, después subieron al paso por un camino enarenado hasta un bosque de pequeños pinos. Los árboles se hicieron más grandes, y el cochero de cuando en cuando decía:

«Estos son los Hermanos Siameses, el Faramundo, el Ramillete del Rey...» no olvidando ninguno de los sitios célebres, hasta deteniéndose algunas veces para hacer que los admirasen.

Entraron en el arbolado de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo sobre el césped; pichones que no se veían se arrullaban, de repente se presentó un mozo de café, y bajaron delante de una empalizada de un jardín, donde había mesas redondas. Luego, dejando á la izquierda los muros de una abadía ruinosa, anduvieron por grandes rocas y llegaron pronto al fondo de la garganta.

Está cubierta por un lado de grandes mezclas de asperones, mientras que por el otro, el terreno, casi pelado, se inclina hacia lo hondo del valle, donde, en medio del color de los brezos, un sendero forma pálida línea. A lo lejos se percibe una cima en cono marcado, que soporta la torre de un telégrafo en la parte de detrás.

Media hora más tarde, bajaron otra vez para alcanzar las alturas de Aspremont.

El camino hace zigzags entre los rechonchos pinos, bajo rocas de angulosos perfiles. Todo ese rincón de la floresta, tiene algo de ahogado, de salvaje y recogido. Se piensa en los ermitaños (compañeros de los grandes ciervos que llevan una cruz de fuego en medio de sus cuernos), y que recibían con sonrisas paternales á los buenos reyes de Francia arrodillados delante de sus grutas.

Un olor resinoso llenaba el aire templado, las raíces por la tierra se cruzaban como venas.

Rosanette se tambaleaba, por allí estaba desesperada, tenía ganas de llorar.

Pero, en todo lo alto, la alegría le volvió, hallando, bajo un techo de ramaje, una especie de taberna, donde venden maderas talladas.

Tomó una botella de limonada, se compró un palo de acebo, y sin una sola mirada al paisaje

que se descubre desde la meseta, entró en la Caverna de los ladrones, precedida de un pillete que llevaba una antorcha.

Su carruaje les esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor, de blusa azul, trabajaba al pie de una encina, con su caja de colores sobre las rodillas. Levantó la cabeza y les vió pasar.

En medio de la cuesta de Chailly, una nube, abriéndose de repente, les obligó á bajar la capota.

Casi al punto cesó la lluvia, y los pisos de las calles brillaban bajo el sol cuando entraban en el pueblo.

Algunos viajeros que acababan de llegar, les contaron que una espantosa batalla ensangrentaba á París. Rosanette y su amante no se sorprendieron. Después todo el mundo se fué, el hotel volvió á su tranquilidad, el gas se apagó, y se durmieron al murmullo del saltador del patio.

Al día siguiente, fueron á ver la garganta del Lobo, la Balsa de las Hadas, la Roca larga, la Marlota; al otro día, comenzaron su excursión, al azar, como quería su cochero, sin preguntar dónde estaban, y hasta desdeñando en ocasiones los sitios famosos.

¡Se hallaban tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto de tela á rayas desteñidas!



Las zanjas llenas de malezas desfilaban ante su vista, con movimiento suave y continuo.

Algunos rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; á veces un camino que ya no se utilizaba, se ofrecía á sus ojos, en línea recta, y las yerbas crecían acá y allá, blandamente.

En el centro de las encrucijadas, una cruz extendía sus cuatro brazos; en otros puntos, los postes se inclinaban como árboles muertos, y algunos senderillos curvos, perdiéndose bajo las hojas, daban gana de seguirlos; en el mismo momento, volvía el caballo, entraban y se hundían en el barro; más lejos era el musgo que brotaba al borde de profundos pantanos.

Creíanse lejos de los demás, bien solos. Pero de repente pasaba un guardabosque con su fusil y una banda de mujeres en harapos, llevando á la espalda pesadas cargas.

Cuando se paraba el coche, se producía un silencio universal; únicamente se oía el aliento del caballo en las varas, ó algún grito de pájaro muy débil repetido.

La luz, en ciertos sitios, iluminaba el lindero del bosque y dejaba los fondos en la sombra; ó bien atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, esparcía en los lejos vapores violáceos, una blanca claridad. En el

centro del día, el sol, cayendo aplomado sobre los anchos verdores, los festoneaba, suspendía gotas argentinas en la punta de las ramas, rayaba el césped de líneas esmeraldas, arrojaba manchas de oro sobre las capas de hojas muertas; echando atrás la cabeza, se percibía el cielo por entre las cimas de los árboles. Algunos, de desmesurada altura, tenían aire de patriarcas y emperadores; tocándose por los extremos, formaban con sus largos ástiles como arcos de triunfo; otros que subían desde la raíz, oblicuamente, parecían columnas cayéndose.

Aquella multitud de gruesas líneas verticales se entreabrían, y entonces enormes grupos verdes se desarrollaban en desiguales sinuosidades hasta la superficie de los valles, en que avanzaba la cumbre de otras colinas dominando llanuras rubicundas, que acababan por perderse en indecisa palidez.

De pié, uno junto á otro, sobre cualquier eminencia del terreno, sentían, al husmear el aire, que penetraba en su alma, como el orgullo de una vida más libre, con una superabundancia de fuerzas y una alegría sin causa.

La diversidad de los árboles producía un espectáculo cambiante. Las hayas, de corteza blanca y lisa, mezclaban sus coronas; algunos fresnos encorvaban suavemente sus verdosos ramajes; en los cepellones de ojavanzo, se en-

derezaban los acebos semejantes al bronce; luego venían una fila de delgados abedules, inclinados en actitudes elegíacas, y los pinos, simétricos como cañones de órgano, balanceándose continuamente, parecía que cantaban. Había allí encinas rugosas, enormes, que se meneaban convulsivamente, se levantaban del suelo, se apretaban unas con otras, y firmes sobre sus troncos, como torsos, y se lanzaban con sus brazos desnudos provocaciones de desesperación, furibundas amenazas, como un grupo de titanes inmovilizados en su cólera. Algo más pesado, una febril languidez cerníase sobre los pantanos, cortando la superficie de sus aguas entre matorrales de espinas; los líquenes, en su ribazo donde vienen á beber los lobos, son color de azufre, quemados como por el paso de hechiceros, y el incesante canto de las ranas responde al grito de los conejos que por allí giran.

Enseguida, atravesaron monótonos rasos, plantados á trechos de algún resalvo. Un ruido, como de hierro, golpes frecuentes y numerosos sonaban: era, en el flanco de una colina, una cuadrilla de canteros que trabajaban las rocas.

Multiplicábanse éstas cada vez más, y acababan por llenar todo el paisaje, cúbicas como casas, planas como baldosas, apuntalándose, pi-

sándose, confundiéndose como las ruinas desfiguradas y monstruosas de alguna ciudad desaparecida. Pero la furia misma de aquel caos, hace que se sueñe en volcanes, en diluvios, en grandes cataclismos ignorados. Federico decía que estaban allí desde el principio del mundo, y así permanecerían hasta el fin. Rosanette apartaba la cabeza afirmando que «aquello la volvía loca», y se iba á coger flores de brezo. Las pequeñas flores violáceas, estaban apiladas unas cerca de otras, de formas desiguales, y la tierra que caía de debajo ponía como franjas negras en el borde de las arenas tachonada de mica.

Un día llegaron hasta la mitad de una colina toda de arena. Su superficie, virgen de paso humano, se hallaba rayada por simétricas ondulaciones; á trechos, á modo de promontorios sobre lecho desecado de un océano, se veían algunas rocas que tenían vagas formas de animales, tortugas que sacaron la cabeza, focas que se arrastraron, hipopótamos y osos. Nadie. Ningún ruido. Las arenas deslumbraban al reflejar los rayos del sol; y de repente, en aquella vibración de la luz, parecía que las bestias se movían. Regresaron ellos de prisa, huyendo del vértigo, casi asustados.

La seriedad de la selva les dominaba, y había horas de silencio en que abandonándose al balanceo de los muelles, permanecían como

atontados en tranquila embriaguez. El brazo por la cintura, oíala hablar él, mientras que los pájaros gorjeaban; hasta contemplaba en una misma ojeada los negros racimos de su capota y las bayas de los enebros, los dobleces de su velo y las volutas de las nubes; y cuando se inclinaba hacia ella, la frescura de su piel se mezclaba á los grandes perfumes de los bosques. Se divertían con todo y se enseñaban como una curiosidad, los agujeros llenos de agua en medio de las piedras, una ardilla en las ramas, el vuelo de dos mariposas que les seguían; ó bien, á veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una cierva que andaba tranquilamente, con aire noble y dulce, con su cervatillo al lado. Rosanette hubiera querido correr detrás para abrazarlo.

En cierta ocasión tuvo mucho miedo, porque un hombre se les presentó de repente, enseñándoles tres vívoras en una caja. Se acercó apresuradamente á Federico; sintiéndose él contento de verla débil y él bastante fuerte para defenderla.

Aquella tarde comieron en una posada á la orilla del Sena. La mesa estaba cerca de la ventana; Rosanette enfrente de él, que contemplaba su pequeña nariz fría y blanca, sus labios entreabiertos, sus ojos claros, sus cabellos castaños levantados, su linda cara oval. Su traje de fular crudo dibujaba los hombros algo caídos,

y saliendo de las mangas muy estrechas, sus dos manos resaltaban, sirviendo de beber, y avanzando sobre el mantel. Les trajeron un pollo con los cuatro remos estirados, anguilas á la marinera, en una compotera de barro de pipas, vino torcido, pan demasiado duro, cuchillos mellados. Todo aquello aumentaba el placer, la ilusión. Crefanse casi enmediode un viaje á Italia, en su luna de miel.

Antes de marcharse, fueron á pasear á lo largo del ribazo.

El cielo, de azul suave, tomaba la forma de una media naranja, al vérsese por encima de los bosques apoyarse en el horizonte. En frente, al extremo de la pradera, se divisaba el campanario de una aldea; y aún más lejos, á la izquierda, el tejado de una casa parecía mancha roja sobre el río, que permanecía á la vida inmóvil en toda la longitud de su sinuosidad. Los juncos se cimbreaban, sin embargo, y el agua sacudía ligeramente las estacas plantadas á la orilla para sostener las redes; una nasa de mimbre y dos ó tres lanchas viejas se encontraban por allí. Cerca de la posada, una chica con sombrero de paja sacaba cubos de un pozo; cada vez que estos subían, Federico escuchaba con inapreciable goce el rechinar de la cadena.

No dudaba que sería feliz por el resto de sus días, tan natural le parecía su dicha, inhe-